

Notas bibliográficas

PÉREZ VIDAL, José.—“Portuguesismos en el español de Canarias”. “El Museo Canario” núm. 9, (1944).

Con este título ha publicado el Dr. Pérez Vidal una lista de 43 palabras usuales en la isla de La Palma (muchas de las cuales lo son también en las demás islas) que el autor considera como portuguesismos. Esta lista está casi libre de discusiones filológicas. El autor ha reunido las palabras, sin buscarlas, tal como las ha encontrado en los cantos y rimas de su “Poesía tradicional canaria”, tesis doctoral sostenida, hace poco, con gran éxito, en la Universidad de Madrid y cuya publicación esperamos con impaciencia todos los amigos de los asuntos isleños.

Pérez Vidal tuvo la gran amabilidad de dedicarme su artículo y de ponerlo, sin restricciones, a mi disposición. Le agradezco al autor muy cordialmente este gesto desinteresado.

La influencia del portugués ha sido muy profunda en el habla de La Palma, probablemente más profunda que en ninguna otra isla canaria.

De las palabras aportadas por Pérez Vidal la mayoría son, con seguridad, de procedencia gallego-portuguesa. Otras, como tútano “tuétano”, pueden haber venido de Portugal a través del español. He aquí las observaciones que su lectura me ha sugerido:

adivina “acertijo”, port. *adivinha*, gall. *adiviña*. No creo en el portuguesismo de esta palabra. Evidentemente se podría explicar la desaparición de la palatal nasal sonora ñ (que no desaparece en otros portuguesismos como *acebiño*, *andoriña*), por influencia de palabras españolas: *adivinar*, *adivino*, etc. En Andalucía se usa también adivina “acertijo”; además el Diccionario español-alemán de Slaby y Grossman trae *adivina*, en la misma acepción, como término familiar;

estos dos autores registran con mucho rigor, como provincialismos, los vocablos no usados en Castilla. Adivina me parece más bien una formación postverbal—muy probablemente el imperativo substantivado—de **adivinar**.

bico “pico de vasija” ha de ser considerado, como lo hace Pérez Vidal, como gallego-portugués, y no como galicismo: cpr. gall.-port. **bico** “pico de las aves”; véase también el gall. **bica** “tubo largo y estrecho por donde sale el agua de las fuentes, el vino del lagar” y como sinónimo de **picho** “canalillo en forma de pico que tienen algunas vasijas”. Bluteau registra una acepción de **bico** que no está muy lejos de la canaria “a parte do candieiro onde anda a mecha, tendo feição de bico de aves”.

bichoca “tumor, herida”. Esta palabra ha sido estudiada recientemente por Max Leopold Wagner en el Homenaje a Jakob Jud; Zürich-Ginebra, 1943, página 552.

bufo “peditum” lo relaciona P. V. con acierto con el port. **bufa** f. y el gall. **bufo** m. de igual significación.

buraca f. (al lado de **huraco**) “agujero” van apuntados ambos en Figueiredo. La forma femenina se explicaría también, como lo indica P. V., por analogía con **hoyo**, **hoya**.

engodo. Es interesante que engodo, en La Palma, se usa para “cebo que se arroja muy desmenuzado al agua para atraer a los peces, y que consiste muchas veces en sangre de caballas o de otros peces pequeños exprimidos fuertemente entre las manos” (así parece usar la palabra **engodo** Benito Pérez Armas, “Escenas marineras”, pág. 10) al lado de **carnada** que es “el cebo que se coloca en el anzuelo”.

frescal “fascal”, Figueiredo da para las Azores **frescal** “espécie de mêda, feita com trigo e, geralmente, de forma quadrangular”. La forma canaria parece provenir de las Azores. Es una deformación por etimología popular de **fascal**. Podríamos pensar que los campesinos, comiendo en el campo, buscan la sombra del **fascal** (tal vez único sitio en el campo donde hay sombra y fresco) y que por esto le han dado al **fascal** el nombre de **frescal**.

malforado, **malfurada** “Hypericum canariense L.”. Bluteau da como sinónimos **malfurada** y **milfurada** “herva cujas folhas expostas ao Sol, e vistas contra elle deixão ver muitos buranquinhos, hypericão, ou herva de S. Joao”. Con la descripción Bluteau da también la etimología “mil veces agujereado” (cpr. el francés **mille-pertuis** y el italiano **perforata** para el “Hypericum perforatum L.”). Figueiredo por su parte da **malfurada** “arbusto madeirense. Globularia salicina Lam.” y **milfurada** “Hypericum perforatum”. ¿Podemos creer a Figueiredo? Es posible que el nombre de **malfurada** haya sido dado en la Madera a una planta distinta; pero tampoco hay que rechazar la indicación de Bluteau. ¿Cómo explicar el paso de mil a mal? Evidentemente se trata de una transformación popular como lo demuestra el otro nombre canario para el **Hypericum almajurada**. Dice Viera y Clavijo *sub granadillo*: “planta... anti-histérica y propia para los afectos maníacos, por lo cual algunos le han dado el epíteto de fuga demonum”. ¿Viene de esta creencia mal de mil? O bien, ¿se ha visto en mal el significado de “muy, gravemente”, como p. e. en **malherido**, port. **malferido** “con muchas heridas, gravemente herido”?

sorroballar "refregar una persona en el polvo o en el lodo" es el portug. **so-borralhar** "meter no borralho" o el gall. **soborrallar** "poner bajo el borrallo para cocer" (**borralho**, borrallo "cenizas"; P. V. tuvo la bondad de informarme que **borrallo** "ceniza" es muy usado en La Palma). La metátesis existía ya en portugués, cpr. **sorrobolhadouro** "escoba de limpiar el horno", dado por P. V. Sería difícil averiguar si la metátesis en Canarias se hizo independiente del portugués o no. Para **borralho**, **borra**, **borrar** cpr. REW 1411 BURRA, donde va apuntado el verbo suizo-francés **aborá** "comprimir, apretar, aplastar a alguien contra el suelo", acepciones que se parecen mucho a las canarias, donde **sorroballar**, además de "refregar a una persona en el polvo o el lodo", también significa "tocar, apretujar, sobar a una persona" y "vejar, humillar, vencer, superar".

Al dar otra vez mis más expresivas gracias al Dr. Pérez Vidal, séame permitido hacer sinceros votos porque pronto vean la luz pública otros tan interesantes estudios de nuestro investigador regional.

DR. MAX STEFFEN

Dr. JUAN BOSCH MILLARES.—"Las armas y fracturas de cráneo de los guanches". "El Museo Canario", 9, (1944), págs. 6-29.

Un nuevo minucioso estudio sobre los cráneos anómalos de la colección de "El Museo Canario", ahora desde un ángulo totalmente distinto del enfocado en reciente trabajo publicado por el Dr. Bosch en "Atlantis", y aquí ya comentado. Este estudio de las fracturas craneanas y su naturaleza constituye la parte esencial del trabajo que nos ocupa. La precede una recapitulación de todo lo que referente a armas ofensivas y defensivas de los aborígenes nos dicen los autores, no ya sólo aquellos que hemos de considerar como fuentes, sino también los tratadistas de segunda mano. No obstante, esta recapitulación no contiene un ensayo de comparación y crítica de estas referencias, lo que da lugar en algunos casos a generalizar a todas o varias islas lo que debió ser exclusivo de alguna de ellas, error común en los autores tardíos. Luego hace el autor una útil exposición general de las fracturas de cráneo que pone al lector profano en condiciones de entender el subsiguiente estudio individual de todos y cada uno de los ejemplares de "El Museo" que las presentan. Por nuestra parte nos llama la atención la frecuencia, casi la constancia, con que las víctimas de semejantes heridas pervivían a las mismas como lo prueba el proceso de cicatrización más o menos completa del tejido óseo. (El ejemplar de las Figs. 5 y 6 es caso aparte y fué, sin duda, víctima de armas europeas). Se trata, en fin, de una interesante aportación al estudio antropológico de la raza aborigen, que el autor sigue llamando **guanche**.

E. SERRA

MARQUÉS DE LOZOYA.—“Impresiones artísticas de una excursión a Canarias”. Bol. de la Sociedad Española de Excursiones, año LII (1944), págs. 6-14, con 17 huecograbados.

Idem.—“La Inmaculada de Alonso Cano en la ermita de San Telmo de Las Palmas”. “El Museo Canario, 9, (1944), págs. 2-5, con dos láminas.

De la importante excursión, reseñada oportunamente en estas páginas, que a estas islas realizó el pasado año 1943 el Sr. Marqués de Lozoya, en su doble calidad de Director General de Bellas Artes y de fino gustador de las riquezas artísticas de nuestra patria, han sido ya numerosos los frutos obtenidos; unos tocantes a una decidida protección para nuestra vida artística y cultural, otros, estudios personales sobre nuestros monumentos y obras de arte. De uno de estos últimos se hizo mención en el pasado número de la Revista. Ahora nos toca dar noticia de otros dos: uno de carácter divulgador y de conjunto, otro breve pero enjundioso estudio de una obra de nuestro tesoro insular.

El trabajo publicado espléndidamente en el Bol. de la Sociedad Española de Excursiones y también en separata, es una visión de conjunto hecha con la aguda sensibilidad de tan distinguido crítico, no sólo de la producción artística en las Islas sino de todo el tesoro que de cualquier procedencia en ellas se conserva y aún de la imagen que de ellas ha tenido la conciencia europea, imagen hecha de maravillas naturales y arcádicas costumbres guanches, pero desconocedora de aquellos valores artísticos. Se trata de una rápida visión panorámica a la que sería ocioso exigir un carácter exhaustivo, pero que en cambio va avalorada con puntos de vista y notas personales que en vano buscaríamos ya en escritos anteriores de otros críticos: así el portuguesismo de ciertos detalles de nuestros retablos y techos tallados, el goticismo español de nuestro Cristo de La Laguna, la valoración del San Pedro de Vilaflor en el grupo de Diego de Siloé...

La deliciosa imagen de San Diego de Alcalá, de San Marcos de Icod, es atribuída por el autor a Pedro de Mena o su taller. A Alonso Cano refiere la bellísima Inmaculada de San Telmo de Las Palmas, que es objeto del trabajo especial mencionado en segundo lugar. Si esta clase de atribuciones son siempre aventuradas y por esto las hace el autor con toda salvedad, aseguran por lo menos la calidad excepcional de las obras a que se refieren; y teniendo en cuenta la presencia de ellas y otras en las islas, resulta menos enigmática la aparición de un imaginero destacado como Luján, cuya verdadera significación y entronque artístico hace resaltar nuestro autor.

La espléndida ilustración de ambos trabajos les da doble valor para el amante de nuestro arte.

E. SERRA

DARIAS PADRON, Dacio V.—“Del pasado tinerfeño. Vilaflor y su Parroquia”.—Cuatro artículos en “El Día”, de Santa Cruz de Tenerife, 26 octubre a 5 noviembre 1944.

TARQUIS, Pedro.—“El San Pedro de Vilaflor. (Aclaraciones y observaciones)”. Idem 12 noviembre 1944.

Con posterioridad al trabajo del Marqués de Lozoya, ha publicado este trabajo el Sr. Darías Padrón, si bien, como el autor dice, es ampliación de otro publicado por el mismo hace muchos años. En él se estudia el origen del pueblo chasnero y se muestra como pasó por matrimonio (1525) la propiedad del término a Pedro Soler, catalán, a quien en el siglo XVIII sus sucesores atribuyeron la fundación del pueblo y la traída de Cataluña de la imagen de San Pedro en alabastro para la ermita del mismo, que es la que hoy todavía se conserva y que tan elevado valor artístico merece. Se hace después documentadamente la historia de la Parroquia como institución, de la escribanía y del señorío pretendido por los Soleres, de forma que constituye el trabajo una acabada monografía histórica local, desgraciadamente, como tantos otros esfuerzos análogos, perdida en las percederas hojas de un diario.

El Sr. Darías, a vista de los datos documentales que produce, rectifica en parte la opinión, que había sido corriente, de atribuir a Italia el origen de la imagen de San Pedro de Vilaflor, si bien hace observar que en Barcelona trabajó Bartolomé Ordóñez, artista español malogrado, profundamente influido por las tendencias artísticas del Renacimiento italiano. A propósito de estas posibles atribuciones y procedencias intervino el crítico de arte Sr. P. Tarquis, quien después de examinar las fechas posibles de la traída de la obra a Tenerife y aún resultando posterior a los días de Ordóñez, se muestra menos remiso que el Sr. Darías en sostener el origen italiano de la imagen. Ordóñez, en efecto, dirigió un activo taller radicado en Carrara y sólo tuvo en Barcelona una agencia de encargos que luego se ejecutaban en Italia. La muerte prematura del maestro (1520) no debió interrumpir la labor de sus colaboradores italianos que seguirían en estrecha relación con el mercado catalán. Todo esto parece bien fundado, pero acaso sea insuficiente para atribuir al taller de Diego Ordóñez la imagen de Vilaflor. ¿Es verosímil una imagen de alabastro hecha en Carrara? No conozco de visu ni por fotografía la obra en cuestión, pero ¿no es raro que la misma sea atribuída estilísticamente a artistas tan diferentes como Diego de Siloé y Bartolomé Ordóñez?

E. SERRA

GUTIÉRREZ ALBELO, E.—“Cristo de Tacoronte”.
Poemas. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto de Estudios Canarios. La Laguna, 1944.

Todos conocen la anécdota: el chico cierra sus ojos o bien, los cubre con las manos y dice: “el niño no está aquí”. Estos niños ingenuos que somos a veces los mayores, y en especial en nuestro país, conjuramos el silencio en torno a un hecho, pretendiendo con ello que no exista; lo malo es que los hechos, las personas y las cosas existen, gústenos o no, y que de una manera u otra tenemos que contar con ellos. Y digo esto porque a punto he estado de cometer tamaña ingenuidad con el libro del poeta icodense.

¿Por qué semejante actitud? Soy una de las pocas personas que se ocupan siempre de la obra de los demás con la ventaja de que nunca hago la consabida “nota” amistosa en agradecimiento a los libros que se me envían o en aúlicos homenajes de “compromisos” que nunca he contraído. Adquiero todo lo que se publica o casi todo y ni aun cobro un trabajo que ejecuto por exclusivo amor profesional, pero el libro de Gutiérrez Albelo me ha planteado un problema estético bien singular. ¿Será esta su actitud literaria definitiva? Comenzó el feliz poeta su producción con aquel fresco y cantarino “Campanario de la primavera”, en el lejano 1930, en el que había un germen de buenas cosas, adscritas a la poesía al uso de entonces. Entre los poetas de “interiores”, que dicen todo sentenciosamente y dentro de moldes harto viejos, el repique de este campanario sonó mal. Los jóvenes y los casi adolescentes como yo, estábamos contentos: teníamos un poeta.

Después, en 1933, las pulcras ediciones de “Gaceta de Arte” nos dieron el segundo libro, “Romanticismo y cuenta nueva”, en donde el poeta entraba en los ya adivinados cauces de la poesía pura que entonces estaba en su plenitud; pero así como el repique inicial de “Campanario” en una cierta medida potenciaba el segundo libro, también la “cuenta nueva” del segundo nos advertía—incluso con un poema concreto—el paso al tercero, “Enigma del invitado”, que también las ediciones de “Gaceta de Arte” nos ofrecieron en 1936. Entraba el poeta en un decantado subrealismo, ya apuntado en su libro anterior, y nos ofrecía en toda su obra una continuidad lógica, superada y al compás de las modas literarias al uso. Pero he aquí que este “Cristo de Tacoronte” es un brinco estético, una gran parada que nos sume en un mar problemático literario. Otra vez el ya viejo numen lorquiano en los romances varios de este pulcro libro que ahora le edita el Instituto de Estudios Canarios; los sabidos temas campesinos; la flor del cardo que tanto preocupó a los románticos; los gastados símiles del paisaje puesto en el plano de las vivencias religiosas, como por ejemplo, los zarzales “que enlazáis / al pensamiento / la corona de espinas / que ciñó la humildad del Nazareno” y tantos más que implican un recurso poético anecdótico y hartó utilizado.

Naturalmente que Gutiérrez Albelo es un poeta bueno y con la corrección preceptista que le dan ya sus años de obrero lírico; por eso, porque creemos lite-

rariamente en él, nos permitimos plantearle estos menudos problemas que su última y gastada estética nos ofrece. En cambio, muestras de su hondura poética o de su pericia de imaginero literario nos sorprenden a cada paso. Del nuevo amigo que le acompaña al cementerio de Tacoronte, escribe:

Con este amigo
nuevo
que disfraza con risas los nublados
de su paisaje interno;
en esta clara tarde he visitado
la casa de los muertos.

A este ejemplo de feliz captación del drama íntimo del alma, podría acompañar otro, prueba del aludido virtuosismo metafórico. He aquí la noche:

La Dama de las Sombras
trae prendido al seno
un broche de fulgores:
el diamante del véspero...
Mas, se alarga, felina, sobre el campo,
y se recuesta, lánguida en el pueblo.
Se abate sobre el mar, desmelenada
y se estira, fantástica, hacia el cielo.

¿Nos ofrecerá el próximo libro del exquisito poeta pareja sorpresa estética a éste de ahora? ¿Ha encontrado ya su camino o todavía no? ¿Una contribución a la moda ahora o al subrealismo antes? ¿Un problema de estética o un dramático problema de vida interior? El mismo poeta nos advierte: "Pero no inventes rosas, / ni estrenes otros cielos". ¿Inventa ahora las rosas o antes las inventó? Le está vedado al comentarista de actualidades adentrar en el recinto respetable y personal de todo autor, sólo le es permitido abordar su obra y plantearle a ella los problemas que le suscite. Hacerle el "artículo" a Gutiérrez Albelo y administrarle unos cuantos adjetivos no creo que le sirva a él ni al lector de nada. No es costumbre de las notas periodísticas el acusar su interés por la obra comentada planteándose la cuestión que ella misma es; se sale mejor del paso dando un enjalbegado de tópico laude y a otra cosa. Pero este libro de Gutiérrez Albelo merece una honda meditación porque despierta y conmueve la fibra de muchos hontanares y teje una selva de preguntas que proyectan en el aire su cuello de cisnes. Y, o le retorremos de nuevo el cuello al cisne o el poeta tendrá otra vez mi voz prendida a su cuello, no sé si también ahora "como una cinta de brillante seda".

María Rosa ALONSO

CASTAÑEDA GONZALEZ, Manuel.—“Poemas del amor y del recuerdo”. Versos. Prólogo de S. Padrón Acosta. Tipografía A. Suárez. Tenerife, 1944.

Los lectores de periódicos de nuestro Archipiélago—y yo soy muy asidua—si tenemos memoria o si recortamos—como yo—los versos que la prensa diaria nos brinda, hemos podido observar a partir de la terminación de la guerra civil española, cómo una nueva generación poética comienza a dibujarse aun tímidamente en nuestros ámbitos espirituales. Los diarios publican poesías de los supervivientes de la generación de fin de siglo como un D. Manuel Verdugo, o un D. Francisco González Díaz, o un D. Manuel Rodríguez Herrera; insertan composiciones de poetas en plena madurez, alguno poeta ya tardío o que al menos no conocíamos su aspecto poético. Entre este grupo está Juan Reyes Bartlett, Víctor Zurita, Luis Alvarez Cruz, Angel Acosta. Pero al lado de los veteranos o de los ya hechos, insertan los diarios locales poemas de firmas jóvenes, no sabemos si todas son de hijos del país: Manuel Castañeda, Sergio García, Rafael Arozarena Doblado, Alvaro Martín Díaz, Francisco del Toro, Luis Montelongo, Víctor Galtier y algunos más que han publicado una o dos composiciones y que todavía no han alcanzado presencia suficiente como para llamar la atención a nuestros ojos miopes.

Esta generación novísima de poetas que escriben en Tenerife tiene su representación en Las Palmas con las personas de un Agustín Millares Sall, Ventura Doreste y alguno más que de momento no recordamos. Eterna, pues, la poesía, tiene siempre sus sacerdotes.

¿Cuáles son las características de estos poetas que escriben en Tenerife? Sería de sumo interés que una revista de tipo literario o el mismo “Tenerife Gráfico” hiciera a los poetas novísimos una encuesta en donde se les preguntara qué poetas españoles leen y prefieren y qué piensan de los poetas canarios que les anteceden. En contraposición a la llamada generación de “vanguardia” que se condensó en Tenerife en torno a 1927-1930, esta novísima generación no es revolucionaria ni de fondo ni de forma; son suyos los triviales motivos de los poetas que llamamos de “interiores”, que en la provincia cultivan el tema de la novia niña, o de la adolescencia “incomprendida”, o de la vieja ciudad o del parque, etc. El prestigio del romance o del soneto envuelven estos balbuceos poéticos que, como es natural, sólo son mero fruto en agraz.

La generación de “vanguardia” tuvo el peligro de abortar en los militantes menos valiosos—y que no supieron evolucionar—el pecado de la pedantería, que es acaso necesaria en los veinte años pero que resulta absurda en los treinta; mas esta generación tiene el peligro de caer en la cursilería, en los fáciles y resabidos temas, motivos y versos de promociones poéticas harto pasadas de moda y que—salvando los valores que hay que salvar siempre—nada tienen ya que decir. No parece este plantel novísimo muy bien orientado en lecturas poéticas del momento y el concepto de “provincianismo”, que la “vanguardia” consiguió borrar, amenaza en cualquier esquina poética juvenil.

De todos estos anticipos, la personalidad de mayor relieve es la del joven poeta, Manuel Castañeda González. Exactamente la mitad de los poemas de este libro, que consta de veintiocho, nos los dió a conocer su autor en el diario "La Tarde". Discretas lecturas al gran maestro Juan Ramón, a D. Manuel Machado o al discutible Gabriel y Galán y a los poetas locales y al exquisito poeta realista Tabares Bartlett (Cfr. "Ha muerto nuestro amor", de Castañeda, y "Remembranza", de Tabares), ya al aun joven poeta, Alvarez Cruz (Cfr. "Sed", de Castañeda), o al maestro Verdugo, con lo que el nuevo poeta nos avisa que hay una tradicional línea de continuidad poética en las escuelas isleñas de lirismo.

Todo el libro está compuesto con pericia correcta y nunca el cojeo fonético o cuantitativo afea la dignidad métrica de "Los poemas del amor y del recuerdo". Demasiado atado aún a un pasado poético y a unos temas de otra hora, el buen poeta que Castañeda lleva en ciernes le hace resolver airosamente en cuanto a la forma estas limitaciones, y con gran decoro lleva a cabo un movimiento que viejos moldes le imponen. Moldes que le vienen estrechos a Castañeda y que sin duda está muy a punto de superar. Un correcto soneto, "Alba de anunciación" y unas bellas "Décimas de Navidad" publicadas en diciembre en el citado diario "La Tarde"—en la calle ya el libro que anotamos—nos avisan que el poeta entra en un tono nuevo de poesía y que se incorpora a las nuevas promociones literarias españolas abandonando ese cansino estilo de "interiores" que tuvo ya su época pero hoy—no sabemos si para bien o para mal—superada.

El libro, honestamente editado, lleva un prólogo animador de D. Sebastián Padrón Acosta, que en parte conocíamos ya los lectores de "La Tarde".

M. R. ALONSO

MILLARES CARLO, Juan.—"Entre mar y cielo". Colección para 30 Bibliófilos, editada por J. M. Trujillo. 6. Las Palmas de Gran Canaria, 1944.

D. Juan Millares Carlo está en el vértice en que la vida aspira, melancólica, las rosas del otoño. Su figura sólo no es conocida por el retrato que, debido a la pluma de M. Millares, inserta esta pulcra colección de sus siete composiciones para sabor de catadores de almas y de intimidades. Viéndole cumplir sus menesteres que el soporte de una familia implica, ahora, al brotar el hontanar soterrado de su tardío surtidor lírico, las gentes se habrán preguntado, si es que saben captar mensajes poéticos: "¿Es posible?"...

No son nada más que siete las composiciones de "Entre mar y cielo", pero revelan tan hondo sentir poético y humano que por encima de la valoración poética nos admira el calor de estremecida hombría que el poeta proyecta en su cantar. Leyendo a Viana he sacado yo mi extravagante e ilógica teoría clasificativa del canario. Tiene arbitrarias raíces etimológicas: hay canarios que cantan y canarios que ladran. Aquéllos derivan su voz del verbo latino "cano", de donde viene el adjetivo; éstos heredan su ladrido del "canis". Existen, pues, canarios del

“cano” y del “canis”. Ya sé que los lingüistas pondrán el “cano” o el “canis” en el cielo, pero es esta una muy útil teoría.

Y D. Juan Millares es un canario que canta, un fino canario a quien D. Miguel hubiera llamado “nada menos que todo un hombre”. Las dos primeras composiciones de “Entre mar y cielo” tienen el sabor antiguo de nuestros clásicos de tradición senequista, rumbo a los puertos de la melancolía; después de estos dos sonetos otras dos composiciones al mar se suceden. D. Juan Millares ha hecho su tributo de poeta del mar—el tema tan isleño—que es sentido con radical subjetivismo. Los negros pensamientos del poeta, pasada ya la alegre juventud, se proyectan como espectros por todas partes:

¡Es el mar que esta noche arroja fuera,
como espumas, las almas de sus muertos!

El hombre de Gran Canaria que es D. Juan Millares, entre la mar inmensa y el cielo de su isla al que le empuja la seca geografía de aquella sobrecogedora tierra isleña, en la agónica línea del aislamiento de “Alonso Quesada”, aparece en el angustioso y correcto soneto V. El VI plantea el eterno drama íntimo del alma, la radical soledad de que nos habla Ortega y la pesadumbre de la cárcel:

Leo en tus ojos de mirar inquieto
ansias de revelar algún secreto
que, impotentes, no alcanzan a decir,

sujetos a la angustia de la espera...
¡Rompa la muerte esta cruel barrera
y termine la angustia de vivir!

El soneto último en la línea unamunesca del “ansia de eternidad” es un grito en el atardecer:

Pues ser un muerto más para el olvido
es la tragedia del que no ha sabido
forjar la gloria con su propia mano.

Tiene razón Vicente Aleixandre al referirse a la poesía de D. Juan Millares: “ofrece una madurez que con acento a veces solemne y siempre grave, nos toca pesarosamente en el corazón”.

M. R. A.

MILLARES SALL, Agustín.—“Sueño a la deriva”.
 Colección para 30 Bibliófilos, editada por J. M. Trujillo. 7. Las Palmas de Gran Canaria, 1944.

En cambio, alguna glosa merecen las palabras del espléndido y admirado Aleixandre sobre la aparición poética de D. Juan Millares y de su hijo, Agustín Millares Sall: “Subrayo con agrado el no frecuente caso de un padre y un hijo poetas los dos y, lo que es más extraño, no confundibles en manera alguna”.

En la familia de los Millares no es extraño encontrar padres e hijos que cultiven poesía, música, historia, erudición, etc., porque se trata de una de las familias más distinguidas de Canarias en el orden del valor intelectual y personal. En alguna ocasión insertaremos el cuadro genealógico de esta ilustre familia literaria para la que un dibujante tendría que inventar un escudo en el que figuraran libros y plumas que son las armas “a millares” de tan dilatada estirpe. Por lo demás, el que un padre y un hijo no se parezcan literariamente, es natural. Una generación casi siempre vuelve la espalda a su antecesora.

De esta “nerviosa” poesía de Millares Sall habría que decir en su favor que no hay huella alguna del “adocenado provincianismo” que se advierte en sus coetáneos tinerfeños, en general. Seis composiciones integran la poesía de “Sueño a la deriva”; dignas lecturas de poetas prestigiosos españoles y una noble huida de los temas vulgares avalan estas composiciones de Millares Sall que cultiva el tan resucitado soneto (los sonetos en esta “garcilaciana” época son ahora legión), la tradicional lira renacentista y alguna otra composición de quinteto con tercetos. Pero la natural indecisión inicial le hace al poeta usar versos tan inconsistentes como el último del primer cuarteto del soneto I; ese cacofónico “no noto” del tercer verso de la primera lira de la composición II, en la que se deslizan, afeándola, dos “hasta” muy cercanos en la lira cuarta y otros dos “cuando”, en la octava.

Pero hay en Millares Sall “buena madera”; muestra de ello el soneto VI y último de su cuaderno poético; ninguna idea nueva en el tema que preocupó a los románticos y, en general, a todas las escuelas: la insatisfacción de lo concreto proyectada en la ilusión y apetecer la ilusión en calidad de tal. Agustín Millares contiene el tema con gran dignidad formal:

La nave de la vida, navegando,
 parece no hallar puerto apetecido.
 Un sueño a la deriva se ha perdido
 y por él lo demás va despreciando.

M. R. A.

JOHAN, Angel.—“Alba esencial”. Colección para 30 Bibliófilos, editada por J. M. Trujillo. 11. Las Palmas de Gran Canaria, 1944.

De nuevo la esforzada y difícil poesía de Angel Johan—un gallego ya nuestro—nos brinda los siete sonetos de su “Alba esencial” sólo para finas antenas que capten la espiritual onda en que se mueven estos envíos poéticos. No sé si esta poesía será en verdad “apta para señoras” con sus cultismos de “lene riba”, su “deshicente”, su arcáico “ca”, su esoterismo buscado, que hace de la poesía de Johan misión de conceptos y no de metáforas. No obstante, el poeta dedica a su madre todo el cuaderno y los sonetos a una pequeña recitadora, una dibujante, dos poetisas (preferimos el sustantivo poetisa que existe ya desde el latín y no ese ambiguo “poeta” que prefiere el autor), una pintora y su mujer. Para femineidades, pues, está hecha la poesía de “Alba esencial”.

Una cita hermosa del P. Nieremberg va al frente del único soneto que en su lengua gallega ha compuesto el poeta: un hondo soneto religioso en el sentido de la “religio”, de quien lleva consigo el secreto del más allá.

M. R. A.

DORESTE, Ventura.—“Examen de la caricatura”. Colección de ensayistas dirigida por Ventura Doreste. Imp. Minerva. Las Palmas de Gran Canaria, 1944.

En el acto de apertura de la Exposición de Humoristas que el Club P. A. L. A., del Puerto de la Luz, celebró el 25 de noviembre y de la que damos cuenta en otro lugar de este número, leyó el joven escritor Ventura Doreste Velázquez un notable ensayo, “Examen de la caricatura”, que ahora publica el Club citado en pulcra y cuidada edición.

Ventura Velázquez, con sus veintitres años nada más, es hombre de buenas y decantadas lecturas. Su correcto intento de ensayo que esboza en diez apretadas páginas nos avisa de sus dotes poco frecuentes en nuestras provincias insulares por lo que al espinoso cultivo del ensayo se refiere. Velázquez y Johan, no obstante su labor de poetas, comienzan a darnos muestras de su contribución al ensayo en Canarias. Examina el joven ensayista en su estudio sobre la caricatura las dos clases que pueden hacerse de ella: la caricatura que atiende al *mero rasgo*, desmesurando la figura y la caricatura a que se refiere Alfonso Reyes como “etimología de la personalidad”; esto es, la caricatura que intenta abor-
dar el espíritu de lo caricaturizado.

La caricatura implica en su autor una intención que se condensa en “un aforismo gráfico”. El caricaturista separa al hombre del grupo y “resalta su individualidad”. Doreste al terminar su buceo define la caricatura diciendo que es

“una condensada expresión gráfica, con tendencia a la comicidad, de los rasgos más evidentes y definitivos de una persona o cosa”.

No creemos que lo ridículo pueda denominarse cómico, según piensa el autor, y creemos que la genialidad de Bagaría es casi siempre más de intencionalidad simbólica que gráfica. El caricaturista que meramente destaca el defecto somático o el “tic” distintivo del individuo es un registrador desmesurado y parcial del fenómeno. En la desmesurada inadecuación de la realidad con lo que él intenta destacar—con parcialísima actitud—produce un desequilibrio; es éste el que causa la risa. La escala carcajada, risa, sonrisa es la reacción que depende del sujeto sobre el cual ese desequilibrio actúa. Su mismo carácter de “intencionalidad”—muy bien visto por Doreste—potencia el sentido crítico del caricaturista y le hace depender de épocas que, en cierto modo, están en el término de ciclos culturales. Acaso la auténtica caricatura sea la simbólica, la del tipo Bagaría cuando traza la de Unamuno, por ejemplo. Las caricaturas de esta clase implican y complican una realidad que deja por ello de serlo e informan el símbolo. Después de todo, una caricatura no es más que un reproche que ataca sin piedad o bien a lo que angustiosamente nos molesta en el terreno somático o bien lo que con mayor cariño cuidamos en la esfera espiritual. En uno u otro caso es el disparo más certero—cuando es bueno—que puede hacerse a ese pobre y vanidoso ser que es el humano. Y como lo sabemos y somos malos, el ver lastimada la llaga del semejante nos produce regocijo.

La índole de nuestra Revista nos impide glosar algunos extremos que el interesante trabajo de Doreste invita a hacer, pero bien merece que tan pulcra obra impresa en Canarias y pensada y escrita por un canario quede registrada en nuestras páginas.

M. R. A.

NAVARRO RUIZ. Carlos.—“Tradiciones canarias”.
Tip. “Diario”. Las Palmas de Gran Canaria, 1944.

El Cronista oficial de Gran Canaria y de Las Palmas, D. Carlos Navarro Ruiz, ha querido cumplir con un requerimiento que le fué hecho por autoridad superior y en virtud del cual ha reunido los trabajos que integran este librito.

No se trata, en realidad, de verdaderas “Tradiciones” en el sentido exacto las recogidas aquí, sino simplemente resúmenes de lecturas históricas que el veterano escritor ha recogido con sencillez. Excepto el recuerdo personal de algún baile en “El Gabinete Literario” o la cita de alguna romería o el Carnaval, el resto no es tradición sino historia previamente escrita. A veces, a lo largo de la narración, se deslizan pequeñas distracciones como ésta: “Los sucesores de Vallehermoso imitan su conducta, llevan a efecto grandes obras, establecen en La Laguna un Instituto y una Universidad, dividen el Obispado”... Es sabido que estas creaciones no las debe La Laguna a los sucesores de Vallehermoso. La

Universidad y el Instituto (muy posterior), así como el Obispado tienen cada uno su historia en la que ocupan principal papel ilustres tinerfeños.

Mérito ha sido, con todo, sintetizar noticias bien conocidas en un afán divulgador como el que ha llevado a cabo el anciano cronista de Las Palmas.

M. R. A.

PÉREZ, Juan Régulo.—“Valor semántico de las categorías verbales”. Publicaciones de la Facultad. Núm. 1. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Laguna. Imp. Curbelo. La Laguna, 1944.

Cuando la Facultad de Letras se creó hace unos años encontré hecha, gracias al tesón y constancia de unos hombres—ingrato sería silenciar la persona de José Peraza de Ayala—esta Revista que hoy es órgano de nuestra joven Facultad, la más joven de toda España. Ello suponía, y con la doble coincidencia de ser muchos de sus colaboradores profesores de la misma Facultad, contar con algo que ya venía dado. Respetuosos con una tradición, con un legado que se nos hacía, en una cierta medida ha resultado, empero, un estrecho molde. *Revista de Historia* mantiene su carácter de investigación regional y ahora nos encontramos que, publicando la Facultad un librito de temas filológicos, no tiene su *Revista-órgano* un sitio para hacer el registro de tan meritoria publicación. Pero hemos de buscarlo.

D. Juan Régulo Pérez, destacado alumno de nuestra Facultad, ha publicado, bajo los auspicios y a expensas de la misma, un trabajo que hubo de presentar al Tribunal examinador en junio de 1943. Ahora, con los naturales retoques y avales que una publicación exige, sale el trabajo “Valor semántico de las categorías verbales”, con el que su autor ha querido plantearse el problema intrincado de qué sean las categorías verbales de tiempo, aspecto, modo y voz. Partiendo y glosando un notable estudio de Gustavo Guillaume—¡siempre esos franceses tan claros y tan maestros!—fundamentalmente, y otro del Sr. Sánchez Barrado, el autor ha expuesto y sistematizado una cuestión de suyo complicada con todo orden y método discursivo llegando a formular unas definiciones, resultado sintético de afirmaciones y citas avaladas por el prestigio de los mejores gramáticos. Como se trata de un trabajo que hube de conocer en su redacción primitiva, entonces hice al autor alguna observación mínima, más de exposición que de contenido. No ha lugar ahora un torneo con él, que torneo es casi siempre la actuación del comentarista de ediciones. No lo permite tampoco la índole habitual de la *Revista*, bien que tenga en ciertos momentos que hacer alguna excepción justificada. El trabajo de D. Juan Régulo Pérez es acreedor a ello; se trata de un raro caso de vocación gramatical y lingüística y yo creo, no obstante lo restringido de este aspecto profesional, de poca brillantez ante el gran pequeño público de nuestros docentes, que una vocación de este tipo debiera alentarse por quienes, aun teniendo escasos medios—como yo—estamos en cier-

to modo obligados a velar por que nadie se sienta desasistido entre la fila de banco de las aulas. Soy quien menos—por mis escasas dotes profesionales—puede alegar ni conatos aun de magisterio en mi oficial misión auxiliar, pero he entendido siempre que algunas veces el alumno, más que la explicación clara, o el alarde erudito del maestro—con ser la primera tan necesaria y el segundo tan atrayente—necesita en ciertas ocasiones esa corriente de humanidad y fina conexión que le liga al profesor en quien antes que a un mecanismo erudito ha de ver un ser humano que vibra y tiene alma. Es para mí ese el auténtico Humanismo.

Como D. Juan Régulo Pérez es joven todavía, y es la juventud quien más siente la soledad, quiero brindarle a esta su primera publicación un cordial saludo en medio de ese, después de todo, natural silencio que ha envuelto su meritorio trabajo. Y, en medio del desierto, creo que habrá de darle compañía el cálido acento de una voz.

M. R. A.

SUÁREZ FALCÓN, José ("Jordé").—*"Galdós y el teatro contemporáneo"*. Imp. T. E. M. Las Palmas de Gran Canaria, 1943.

El conocido escritor "Jordé" publicó con motivo del centenario de Galdós un interesante y útil trabajo, que ha llegado ahora a nuestras manos. Comienza el autor con una breve historia del teatro "Pérez Galdós", de Las Palmas, que tuvo su origen en 1867, para suplir la ausencia del viejo teatro "Cairasco"; pero ese teatro llevó el nombre de "Tirso de Molina" y antes de acabarse totalmente cantó en él—en ocasión de un triste suceso—el tenor Stagno. "Años más tarde, en 1890, se inauguró oficialmente el coliseo con una brillante temporada de ópera, de cuya compañía era figura destacada la Drog, hermosa triple, que aquí tuvo su aventura amorosa con un galante caballero de aquella época, y el barítono Scaramella".

Hasta 1901 se llamó el teatro como el autor de D. Juan, pero a partir de entonces llevó el nombre del ilustre autor de "El Abuelo". Incendiado en 1918 el teatro, hubo de edificarse en el mismo lugar que aquél ocupó el actual "Pérez Galdós", legítimo orgullo de Las Palmas, inaugurado en 1928.

A continuación hace "Jordé" un recorrido a través de la historia del teatro español, con un afán divulgativo, sin duda, pero resumiendo ideas de cualquier manualito de Literatura, algunas necesarias de revisión.

Meritorio ha sido el intento del Sr. Suárez al hacer una síntesis de doce de las obras teatrales de Galdós: "Realidad", "La loca de la casa", "Gerona", "La de San Quintín", "Los condenados", "Voluntad", "Doña Perfecta", "La fiera", "Electra", "Alma y vida", "Mariucha" y "El Abuelo", señalando al explicar la trama el conflicto dramático, el acierto o la falla técnica de Galdós. Obra conveniente ésta para los desconocedores del teatro galdosiano, que pueden obtener a través

de la versión del autor un informe general y objetivo de las obras capitales que para el teatro escribió o adaptó D. Benito Pérez Galdós.

Unas consideraciones generales en donde se resumen los aciertos o equivocaciones galdosianas, nacidas éstas últimas de la influencia que el novelista tuvo sobre el dramaturgo alargando cansinamente el desarrollo de los primeros actos, así como unas ligerísimas noticias de otros autores posteriores a Galdós, terminan este útil trabajo.

M. R. A.

E. B. Y.—“Sobre la invasión de Morato Arraez en Lanzarote”. “El Museo Canario”, núm. 10, págs. 49-58.

De mucho interés resultan los dos documentos y el erudito y atinado comentario que, sobre Argote de Molina y su actuación cuando la invasión de Lanzarote por Morato Arraez (1586), publica D. Eduardo Benítez Ynglott. No sólo nos dan noticias mucho más minuciosas y coordinadas que las conocidas sobre aquel funesto ataque, sino que nos presentan en un cuadro pintorescamente caballeresco, pero sin duda muy real, las relaciones de moros y cristianos. Señoreada de hecho la isla por el turco, Gonzalo Argote de Molina, yerno del Marqués de Lanzarote y famoso genealogista andaluz, que se atribuye en el documento el principal papel en la valiente e inútil defensa, se presenta al vencedor y concierda con él la retirada y los rescates... La figura de este caballero aventurero es de sobra notable para que cualquier detalle concreto de su vida resulte una aportación interesante.

E. S.